

terior versión cinematográfica, si es que algún director acomete el empeño de su realización, bastante plausible por demás, ya que están magníficamente resueltos los encuadres, los fundidos, los cortes y la fisonomía de los personajes y del ambiente. Esta película habría de filmarse en blanco y negro, salvo las escenas en que hay derramamiento de sangre, la citada *estética* de la sangre y el semen, que ya nos resulta familiar, y el conjunto es vívido, tremante, sórdido y de maléfica belleza, ya que la historia de Dutch Schultz ampara en realidad un reportaje sobre los antros de juego, las comisarías, los baños turcos, los parques de atracciones, las calles y una simultaneidad que sólo le es dado emplear legítimamente al cine, al *ojo de la cámara* (o al novelista, siempre que éste no alardee del don de la ubicuidad ni se abstraiga de la acción y de las coordenadas insoslayables del *punto de vista* personal).—EDUARDO TIJERAS (*Maqueda*, 19. MADRID).

DONDE EL ESCALPELO TOPA CON EL HUESO Y ROMPESE

Vallejo es un poeta al que amamos demasiado como para dejarlo solo, tirado sobre la mesa del congelado análisis. Sin embargo, el pajarito y Pedro Rojas le defienden y no hay que tener cuidado. La prueba es esta *Visión del hombre y de la vida en las últimas obras poéticas de César Vallejo* (*), donde James Higgins, crítico concienzudo y armado de incontables fichas, se enfrenta al pretendido cadáver, y tras mucho jaleo, ruido de sierras, hachas, más finas cuchillas y diplomas por el aire, la instantánea nos representa al sudoroso investigador, ya desabotonado y, para colmo, sin pan bajo el brazo. Porque las evidencias, y esto es evidente, no alimentan 340 páginas, pues.

Higgins ha dispuesto los capítulos como pisos de un rascacielos: vamos a ir de «El papel del poeta», pasando por «El absurdo», «El mal», «El tiempo», «La muerte», «El pensamiento y el desengaño», «Experiencia directa del absurdo» y otros tantos, hasta la «Bibliografía». El resultado viene a ser como si se le hubieran caído unos pisos sobre otros, y entre las ruinas funciona sólo el ascensor que es puro

(*) JAMES HIGGINS: *Visión del hombre y de la vida en las últimas obras poéticas de César Vallejo*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1970.

verso de Vallejo, cita indiscutible que se representa exclusivamente a sí misma, se basta y, por tanto, anula el comentario y remite directamente a los poemas. Hay en la crítica tradicional cierta inflación, cierta desmesura interpretativa que se reduce a darle vueltas a los versos, explicándonos lo que ya habíamos visto, eso sí con muchas más palabras y peor escrito. Otras veces, la crítica intenta descifrar tanto que se apea del original y vase cantando ella misma, convirtiéndose en metáforas paradójicamente, y en su carrera se aleja del verso y tampoco agrega nada. Del primer caso hay en este libro muchísimos ejemplos, casi toda la obra, por desgracia, y son cosas así:

Otro tema relacionado es el de la vida-muerte. Ya que es incapaz de asumir una vida plena y significativa, el hombre no vive realmente, es como si estuviera muerto. Así el poeta pregunta:

¿Qué me da, que ni vivo ni muero? (367)

Es un hombre que no está ni vivo ni muerto. Vive en cuanto respira, en cuanto no está muerto, pero está muerto en cuanto no vive plenamente (p. 54).

Pues muy bien; el problema se presenta cuando todo el libro es un rumiar semejante, cita e inflainterpretación sistemáticas, como para hacer bulto. Sin embargo, más graves creemos los arrebatos de comentario metafórico como éste:

Al hablar de

el lápiz que perdí en mi cavidad (319),

da a entender que su poesía, simbolizada por el lápiz, se pierde en las cavernas oscuras de su mente. Se hunde en el torbellino de ideas que pasan por su cerebro ardiente y angustiado (pp. 110-111).

Como la interpretación es generalmente rígida, Higgins se coloca por encima de poeta y lector, guiando a ambos. No sabemos si existirá alguna relación directa entre los manejos del novelista omnisciente y el crítico ídem, pero en todo caso están un tanto polvorientos. Al cabo, este tipo de estudios lleva al desvanecimiento de lo más propio del poeta en cuestión, y los resúmenes que Higgins da al final de los capítulos son una curiosa muestra de generalización, lo conceptual sustituyendo a lo vital, y la abstracción a lo peculiar. Véase, por ejemplo, el del capítulo «Algunos factores formativos del pensamiento de Vallejo»:

En resumen, la visión del mundo expresada en la poesía de Vallejo fue formada por una serie de factores, entre los cuales hay que destacar la herencia y el medio, sus experiencias personales, sus lecturas de otros autores y el espíritu de la época en que vivió (p. 33).

Ante el cual cabe preguntarse si tal suma no sería perfectamente aplicable a cualquier otro poeta, y más si este tipo de instrumentos algo gruesos no desembocan siempre en caracterizaciones inválidas por lo amplias. El asunto sería visible también desde otro ángulo: al dividir el estudio en capítulos difícilmente separables, el resultado es que una y otra vez se vuelve sobre lo mismo, en cada aparte se habla del contenido de los demás, y demasiadas páginas después de haber llegado a tal o cual conclusión, nos encontramos la misma o muy parecida. Así, por ejemplo, capítulos como «El mal», «El tiempo», «La muerte», «Experiencia directa del absurdo», «La frustración de las aspiraciones del hombre» llevan todos a concluir el dominio del absurdo sobre el sentimiento vital de Vallejo, existiendo además otro capítulo propiamente titulado «El absurdo» y variando de pocos grados la mira de la investigación. Esto haría pedir acaso una refundición de los apartes, lo que daría menos exhaustividad—el libro deja exhaustos, qué duda cabe—, pero también menos hojarasca y más sustancia. Como el resumen de estos capítulos es igualmente generalizante e intercambiable, estamos seguros que el lector lo agradecería. Véase el de «El tiempo»:

En resumen, aunque Vallejo considera el tiempo desde diferentes puntos de vista, el efecto es siempre el mismo: nada humano perdura, la felicidad se pierde y el hombre es llevado inexorablemente hacia la muerte. En vista de eso el tiempo reduce la existencia humana a una absurdidad (p. 87).

Llegados aquí, parecería que *Visión del hombre...* es un libro así como tonto, lo cual no es cierto. Leído con la previa desconfianza que nos es inevitable ante obras tales, uno acaba por notar lo chirriante, acaso en demasía, estar a la caza de que en la página 184 Higgins escribe de los campesinos peruanos: «Son francos y abiertos», y en la página 185 vuelve a decir: «Son francos y abiertos», como si el vocabulario le andara corto; o que interpretando el verso: *séllense con dos sellos a los líquidos*, en seguida deduzca: «El poeta quisiera que el recipiente fuese sellado por los dos extremos para que el líquido nunca se consumiera» (pp. 75-76). Cuando también pudiera ser poner un sello doble, reforzado, al extremo por el que cae o puede perderse generalmente el líquido—es decir, en los recipientes hispanos la abertura está, con frecuencia estadística, por un solo extremo; exactamente, no sabemos si la misma costumbre tiene vigencia en Liverpool—, etcétera. Pero no. En primer lugar, Higgins parece un profundo enamorado de la obra vallejana, y su estudio tiene bastante de la minuciosidad rondadora del amante, lo cual, aunado al indiscutible trabajo

de búsqueda propiamente erudita, es siempre de agradecer. En su caso, lo que creemos que falla no son los supuestos de la investigación, sino su planteamiento, su enfoque. En segundo lugar, el manejo de textos del propio Vallejo, algunos muy difíciles de encontrar—sobre todo, ciertos artículos—, nos pone a mano al poeta mismo en facetas menos conocidas: crítico y teórico literario, observador político, etc. Finalmente, hay suficientes hallazgos a lo largo del libro como para justificar su lectura, aunque ya estaríamos aquí tentados de dar vuelta: es decir, para el conocedor de Vallejo esta *Visión del hombre...* resulta, por lo menos, redundante; viene a reducirse a una lectura fragmentada y comentada de la obra a la que se tiene acceso más directo y sustancioso con los originales mismos, mientras que para quien Vallejo sea un extraño o casi, también el contacto directo es inevitablemente mejor, y el resto bien pudiera resolverse en una cincuenta de páginas biográficas y situacionales. Como por lo demás el libro de Higgins parece destinado a un lector medio, no necesariamente especializado, pero tampoco absolutamente profano, las contradicciones apuntadas se agudizan. Tendríamos que retomar, pues, el planteamiento más general que apenas rozamos antes, y sería el de inscribir este libro en un cuadro general de la crítica, que ya es mejor decir: las críticas, sus distintas tendencias, vista cada una en sus posibilidades y limitaciones, y entre las cuales Higgins ha optado acaso por la peor: crítica literaria al segundo grado, con mucho de literatura sobre la literatura y otro tanto de conceptualización que, y no es paradoja, trabaja sobre el núcleo vivo del poema, sobre su puro movimiento de encuentro y expresión, a la manera de un ácido que disuelve el valor del todo en componentes técnicos, filosóficos, etcétera, elementos que, una vez vueltos a juntar, no dan en absoluto el dato poético previo. Mientras Higgins—y quien sea—no parta de cuestionar el propio método crítico, y los resultados de estudios así no trasciendan en gran parte—y repetimos que se trata de 340 páginas, espacio suficiente para moverse cómodo y realizar un buen número de *maniobras*—, el nivel de las evidencias relacionadas, la lectura de estos libros tenderá a hacerse tan enojosa como estéril y el estudio mismo arriesgará caer en una categoría mortal, más aún en el actual momento de búsquedas profundas, más sólidas o más audaces, pero renovadoras casi siempre en el campo de la crítica: la de los libros prescindibles. El mismo Higgins, que por momentos acude al dato psicológico, a la caracterización apretada de un período histórico en sus principales componentes políticos, al rasgo biográfico, a la asociación sincrónica de referencias procedentes de Kafka, Bec-

kett, etc., lamentablemente prefiriendo la tarea de comentarista conceptual y parafraseador metafórico, debiera ser el primero en darse cuenta de los problemas de su libro, dedicándose a un trabajo de ampliación de instrumentos, de profundización de visiones y de síntesis temáticas, en provecho precisamente de la laboriosidad que ha desplegado hasta ahora.—*JULIO E. MIRANDA* (21, rue de l'Équité, 1090. BRUSELAS. Bélgica).

JOSÉ FERRATER MORA: Las palabras y los hombres. Ediciones Península. Barcelona, 1972, 152 pp.

A través de una serie de breves ensayos, el autor enfoca ciertos problemas filosóficos mediante el análisis del lenguaje con que son expresados.

Siendo la palabra una manifestación del pensamiento y de las demás experiencias humanas, es posible echar un poco de luz en esa zona tan rica como misteriosa que es la vida interior del hombre, estudiando las expresiones lingüísticas en que de alguna manera aquélla se traduce.

El libro se abre con un interesante capítulo sobre las principales ideas que, a través de la historia, se han tenido acerca del hombre, de su naturaleza y de su destino. De acuerdo con la metodología propuesta, el autor intenta hacer una reflexión sobre estas concepciones, utilizando como instrumentos los vocablos o fórmulas lingüísticas con que se han expresado.

Los célebres versículos del Génesis, por ejemplo, revelan un concepto del hombre como creatura e imagen de Dios; la definición clásica de *animal racional* presupone la idea esencialista propia de los filósofos griegos; las fórmulas *homo sapiens*, *homo faber*, *homo symbolicus*, etc., intentan aclararnos de alguna manera la naturaleza y condición del ser humano.

El autor analiza esta diversidad de términos y definiciones que pretenden manifestar lingüísticamente las ideas que el hombre tiene de sí mismo, y considera que todas tienen un valor relativo y limitado, ya que sólo se refieren a aspectos parciales de la naturaleza humana.

Considerando la diferencia entre las expresiones *ser alguien* y *ser algo*, Ferrater Mora reflexiona sobre el carácter personal del hombre, que imposibilita toda definición propiamente tal.

Pero la palabra no sólo patentiza las ideas, sino también otras experiencias humanas que se dan en un nivel más cercano a lo afectivo-sentimental. Entre ellas, hay una, absolutamente íntima y trascendente, que es la experiencia religiosa. Ferrater Mora hace un estudio de dicha experiencia, prescindiendo de ciertas definiciones clásicas y ateniéndose a la consideración de las expresiones lingüísticas que la manifiestan. Los vocablos religiosos, como *creo*, *espero*, *adoro*, etc., son, según el autor, palabras del vocabulario corriente, pero adquieren una dimensión religiosa cuando son pronunciadas dentro de una situación especial—particularmente tensa y conflictiva—que caracteriza la experiencia de lo *absolutamente Otro*.

Los dos ensayos siguientes están dedicados al *lenguaje de la Historia*. Contra posiciones demasiado parciales y limitadas, el autor declara que «la historiografía no está uncida a ningún lenguaje determinado», pero que, por lo general, los historiadores echan mano de tres tipos distintos de lenguaje, íntimamente ligados entre sí: los enunciados *descriptivos*, verificables mediante documentos; los enunciados *explicativos*, de más compleja y difícil verificación, y los enunciados *interpretativos*, totalmente inverificables. El autor hace un estudio de cada uno de ellos, ilustrado con ejemplos aclaratorios.

En el lenguaje histórico de nuestro tiempo están en juego dos términos que han desatado serias polémicas: *estructuralismo* e *historicismo*. F. Mora considera que tal antagonismo ideológico es más aparente que real, pues analizando los conceptos expresados por las palabras *estructura* e *historia*, se puede comprender que su carácter contrapuesto los hace, por eso mismo, complementarios y mutuamente condicionados. El autor llega así a una posición conciliatoria que pretende superar las actitudes demasiado absolutistas, sin caer tampoco en el eclecticismo ni en el relativismo.

Este enfoque *conciliador*, que se manifiesta a través de todo el libro, lo justifica el autor en el ensayo siguiente, que titula, muy orteguiana-mente, «Punto de vista y tolerancia».

El resto del trabajo se refiere a problemas de carácter marcadamente lógico y semántico, muy afines con la temática abordada por el autor en sus libros. *El Ser y el Sentido* e *Investigaciones sobre el lenguaje*. Se estudian aquí cuestiones como la relación entre *significado* y *referencia*; el análisis lingüístico del conocimiento a través de los verbos *conocer* y *saber* y la relación de *reemplazo* o *sustitución*, que F. Mora, siguiendo a Alfredo Deaño, denomina *pintura-modelo*.

En resumen: este librito, escrito en forma ágil y didáctica, pero al mismo tiempo con la seriedad que caracteriza a su autor, será indu-

dablemente de gran utilidad para todos aquellos que se interesen por los problemas humanos, pero particularmente para los que hacen del lenguaje un objeto de reflexión filosófica.—*CARMEN VALDERREY* (*Colegio Mayor Santa María de la Almudena. Juan XXIII, 17. MADRID*).

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

VICENTE ALEIXANDRE: *Mundo a solas*. Colección «Fuendetodos». Ediciones Javalambre. Zaragoza, 1970.

Este es el libro más pesimista, acaso también el más trágico, de Vicente Aleixandre. Escrito de 1934 a 1936, encuentra ahora lo que el propio autor, en nota previa, considera su «primera edición completa». Precedido por *La destrucción o el amor* (1935), fue interrumpido por los años de la guerra civil y postergado por el siguiente: *Sombra del paraíso* (1944). En 1950, la librería «Clan», en manos de Tomás Seral y Casas, realizó una edición de sólo doscientos ejemplares numerados y diez no venales. De los restantes libros del poeta se han multiplicado las ediciones. No así de éste, que en la actual recoge cuatro piezas inéditas y en verdad muy significativas. El acierto del presente volumen es, pues, claro.

Aleixandre tituló primero este libro *Destino del hombre*. Patético destino, diríamos, porque su concepción del mundo es una cegadora soledad, con el ser humano como rastro perdido, como vida negada. «Sólo la luna sospecha la verdad, / y es que el hombre no existe», son los versos que abren el primer poema. La pugna de un amor que se niega a sí mismo dramatiza la adversa suerte de un vivir en huida a través del planeta, puro y erizado, mineral y helador, combatido por soles furiosos y lunas secas o ensangrentadas. La ráfaga amorosa que conmueve casi todos los poemas responde a la dualidad amor-muerte, ya alentada en *La destrucción o el amor*, pero es más trágica. La exaltación de la naturaleza anticipa el himno de *Sombra del paraíso*, pero es más desolada. Con razón se escribe en la nota editorial, presentadora del actual volumen, que aquel Aleixandre «tiene la plenitud de los treinta y seis años; las manos, impacientes por apresar la vida; en la mente abierta, la profecía del drama de la patria, y en el pecho, la urgencia de amar, de entregarse para reconocerse». Y también: «En